Nº 59 — TOMO 63 3 DE NOVIEMBRE DE 1987



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

TERCER PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA

6ª SESION ESPECIAL Y SOLEMNE

PRESIDE EL DOCTOR JORGE BATLLE
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑOR MARIO FARACHIO Y EL DOCTOR HECTOR S. CLAVIJO

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 29 de octubre de 1987.

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión especial y solemne, el próximo martes 3, a la hora 17 y 30, a fin de recibir y oír un Mensaje del señor Presidente del Gobierno Español don Felipe González.

LOS SECRETARIOS."

2) ASISTENCIA

ASISTEN los señores senadores: **Gonzalo Aguirre Ramírez, Hugo Batalla, Jorge Batlle, Enrique Cadenas Boix, Eugenio Capeche, Pedro W. Cersósimo, Carlos W. Cigliuti, Juan Carlos Fá Robaina, Juan Raúl Ferreira, Manuel Flores Silva, Guillermo García Costa, Reinaldo Gargano, José Guntín, Raumar Jude, Luis Alberto Lacalle Herrera, Enrique Martínez Moreno, Carminillo Mederos Da Costa, Walter Olazábal, Dardo Ortiz, Carlos Julio Pereyra, Juan Martín Posadas, Luis Bernardo Pozzolo, A. Francisco Rodríguez Camusso, Juan A. Singer, Francisco Terra Gallinal, Uruguay Tourné, Alfredo Traversoni, Juan J. Zorrilla, Alberto Zumarán** y los señores representantes **Numa Aguirre Corte, Nelson R. Alonso, Guillermo Alvarez, Juan Justo Amaro, Abayubá Amen Pisani, Ernesto Amorín Larrañaga, Nelson Arredondo, Roberto Asiaín, Héctor Barón, Javier Barrios Anza, Honorio Barrios Tassano, Juan A. Bentancur, Carlos Bertacchi, Federico Bouza, César Brum,**

Mario Cantón, Cayetano Capeche, Tabaré Caputi, Gonzalo Carámbula, Washington Cataldi, José Cerchiaro San Juan, Juan Pedro Ciganda, Jorge Conde Montes de Oca, Víctor Cortazzo, Eber da Rosa Viñoles, Julio E. Daverede, José Días, Ruben Díaz Burci, Ruben Escajal, Yamandú Fau, Francisco A. Forteza, Rubens Francolino, Carlos M. Fresia, Ruben E. Frey Gil, Juan J. Fuentes, Ariel Gaione, Carlos Garat, Alem García, Washington García Rijo, Oscar Gestido, Héctor Goñi Castelao, Hugo Granucci, Ramón Guadalupe, Arturo Guerrero, Luis Alberto Heber, Luis A. Hierro López, Jesús Ibáñez, Marino Irazoqui, Walter Isi, Luis Ituño, Eduardo Jaurena, Daniel Lamas, Ariel Lausarot, Oscar Lenzi, Héctor Lescano, Oscar López Balestra, Néstor López Martínez, Nelson Lorenzo Rovira, Jorge Machiñena, Oscar Magurno, Julio Maimó Quintela, Miguel Manzi, Luis José Martínez, Eden Melo Santa Marina, Pablo Millor, Horacio Muniz, León Morelli, Clemente Muñoz, Carlos E. Negro, Antonio Nión, Juan A. Oxacelhay, Ope Pasquet Iribarne, Ramón Pereira Pabén, Manuel Pérez Alvarez, Juan Pintos Pereira, Carlos Pita Alvariza, Lucas Pittaluga, Elías Porras, Baltasar Prieto, Alfonso Requiterena Vogt, Edison Rijo, Gilberto Ríos, Ricardo Rocha Imaz, Carlos Rodríguez Labruna, Hebert Rossi Pasina, Walter R. Santoro, Carlos Norberto Soto, Guillermo Stirling, Héctor Martín Sturla, Andrés Toriani, Víctor Vaillant, Gustavo Varela, Tabaré Viera, Leonardo Vinci, Antonio M. Zeballos y Edison H. Zunini.

FALTAN con licencia los señores senadores **Américo Ricaldoni, Luis A. Senatore, Francisco M. Ubillos y Enrique Tarigo** y los señores representantes **Edgard Bonilla, Alberto Brause, Jorge Silveira Zavala y Alfredo Zaffaroni Ortiz.**

FALTAN con aviso los señores representantes **Orosmán Martínez y Raúl Rosales Moyano.**

FALTA sin aviso el señor representante **Yamandú Rodríguez.**

3) RECEPCION AL SEÑOR PRESIDENTE DEL GOBIERNO ESPAÑOL, DON FELIPE GONZALEZ

SEÑOR PRESIDENTE. — Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 17 y 55)

—Excelentísimo señor Presidente del Gobierno español, don Felipe González: me cabe hoy el alto honor de representar a los integrantes de este Cuerpo, Diputados y Senadores, electos libremente por el pueblo del Uruguay, para darle lo que ya usted ha recibido en las calles de nuestro país: la más cordial, fraterna y amistosa bienvenida.

Está usted, señor Presidente, en la casa de la democracia, que sigue siendo el único régimen que se funda en la libertad del hombre y que tiene ese objetivo como principio y fin de todas las cosas.

Para el Uruguay no ha sido fácil el retorno a la democracia; ha sido un camino erizado de obstáculos y para salvarlos hemos recurrido no solamente a nuestra templanza y firmeza, a nuestro sentido de equidad, justicia y solidaridad, sino que, además, hemos tomado ejemplos y hemos recibido la solidaridad de pueblos y de gobiernos, y, sin ninguna duda, hemos tenido siempre la solidaridad del pueblo y del gobierno español.

Ninguno de los aquí presentes señor Presidente podra olvidar lo que fue para los ciudadanos que hoy se sientan en estas bancas la entrevista que mantuvimos en la Embajada de España con su Majestad el Rey don Juan Carlos. Ninguno de nosotros tampoco podrá olvidar lo que fue la visita de un conjunto de ilustres ciudadanos españoles —académicos, periodistas y militares— que nos relataron su peripecia histórica para que España diera, también en paz, los pasos que hemos venido dando nosotros. Tampoco podremos olvidar su presencia aquí, aunque no representando en visita oficial al Gobierno de España, pero sí siendo Presidente del gobierno español, el 1º de marzo de 1985. Contamos con su presencia siempre amable, siempre cordial, siempre llena de afecto y solidaridad, que además nos trae el ejemplo de la conducta de su gobierno y de su país en el afianzamiento de la democracia y en la actitud serena, tranquila, siempre tolerante, para enfrentar a aquellos grupos que, a veces sin saberlo y sin quererlo o creyéndose capacitados por ciertas formas de acción para aportar felicidad al país y a la sociedad, recurren a la violencia como caminos de desbalance interno, creyendo que son los adecuados, cuando, por el contrario, son los que más alejan a los pueblos de su felicidad.

Bien sabe usted, señor Presidente, que la democracia es, además, una invención de todos los días, erizada de dificultades para los pueblos y los gobiernos.

El Uruguay empeña sus mayores energías en resolver esas dificultades, porque tiene la certeza, la más absoluta certeza —el pueblo, los parlamentarios aquí reunidos, los integrantes de todas las fuerzas sociales de la República— de que para este país no hay ningún otro camino que el de la democracia.

Señor Presidente: bueno es que también le diga que aunque hemos caminado mucho en ese andar, hay otros problemas que también nos preocupan.

Sentimos que nuestra sociedad tiene que integrarse —y lo estamos haciendo— en forma abierta con nuestros grandes vecinos, mucho mayores que nosotros. Es un desafío que hemos asumido y estamos convencidos de que nos hará bien.

Sentimos también, señor Presidente, que es necesario robustecer la sociedad, al hombre dentro de ella, a las asociaciones dentro de la sociedad, para no caer en aquel peligro del que nos alertaba otro andaluz, un gran erasmista contemporáneo español, don Fernando de los Ríos, cuando nos decía: "No dejemos que la sociedad sea expropiada por el Estado".

Sentimos también, señor Presidente, que nuestra sociedad necesita modernizar su educación, cambiar su gestión pública y su gestión privada, pero necesita además y fundamentalmente recobrar ese espíritu de aventura que es imprescindible para promover estos cambios.

Mirando a nuestro alrededor, volvemos a encontrar en España el modelo y el ejemplo. ¡Con qué osadía su Gobierno ha dado los pasos que colocan a España en el

desafío de integrarse a una Europa, a un Mercado Común que parecía en otro nivel de desarrollo industrial o de estructura social y administrativa! ¡Con qué audacia ustedes están buscando las nuevas formas de equilibrio entre la sociedad y el Estado! ¡Con qué sabiduría ustedes están haciendo jugar la incorporación de la ciencia y la tecnología como un factor de transformación de la calidad de vida de los pueblos!

España hoy vuelve a exhibir las grandes cosas que la distinguieron en la historia; vuelve a tener para nosotros, ciudadanos de este continente, también español —origen primero— la misma expresión de entendimiento de las cosas que supuso que en 1551 tan sólo sesenta años después de llegar a nuestras costas dictara la Real Cédula Fundacional de la Universidad de San Marcos, en Lima. Sesenta años, apenas sesenta años se tardó en poner a América a nivel del área más adelantada de la cultura y de la civilización en el mundo, que era España, crisol de culturas, de civilizaciones, de razas y religiones.

Señor Presidente: este ejemplo que ustedes nos brindan, que para nosotros es tan importante, no quiere decir que no tengamos delante un enorme conjunto de murallas a derrumbar.

No crea usted que todas son murallas que provienen de afuera; muchas las hemos levantado nosotros y a veces tenemos temor de derrumbarlas, pero es imprescindible hacerlo. Pero esas otras que provienen de afuera y que no podemos derrumbar, señalan con evidencia que el mundo no puede seguir dividido en compartimientos estancos.

No pueden existir áreas de felicidad conviviendo con continentes de desesperanza. Eso es imposible en estos tiempos. Señor Presidente, juntos podemos dar los pasos que nos acerquen y nos permitan entrar en ese horizonte e iniciarnos en ese camino, largo camino de mil leguas.

Señor Presidente: quiero terminar mis palabras con un recuerdo de mi lejana primera juventud. En épocas de convulsión para el mundo, cuando ni las estrellas eran neutrales, solíamos leer en el Uruguay un periódico llamado "España Republicana". En su cabezal lucía una frase de don Francisco de Quevedo, que rezaba: "Al español más le va en serlo el ser leal, que el ser español, puesto que, en dejando de ser leal deja de ser español".

Nuestros pueblos han permanecido leales a los valores éticos que hacen a la condición y a la dignidad de la vida, leales a los ideales de justicia, de solidaridad, de libertad.

Ustedes, además, han permanecido leales al espíritu de aventura. Nosotros tenemos que contagiarnos de ello. Su presencia acá, su palabra, sin ninguna duda será un gran estímulo para empezar a caminar.

Sea usted bienvenido, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE DEL GOBIERNO ESPAÑOL. — Señor Presidente, señores senadores, señores diputados, señoras y señores: me creerán si les digo que me embarga el sentimiento que tuviera Cervantes cuando escribía el prólogo a la segunda parte del Quijote. Demoró en intentar explicar al lector esa segunda parte, todo lo que duraba el prólogo. Trataba de explicar la enorme dificultad de hacer un prólogo o una presentación, pedía perdón a los lectores, y al final, hizo una pieza maravillosa desde el punto de vista literario, de la reflexión filosófica y humana y, en el sentido más profundo de la palabra, de la reflexión política.

Me embarga este sentimiento, en primer lugar, porque la tentación inicial que uno puede tener cuando se reúne en esta Sala con los representantes soberanos del pueblo uruguayo, es de respeto y de admiración y no es una fórmula de pura cortesía, ni siquiera se refiere a un hecho histórico —del que hablaré después— tan importante como el que significa la recuperación de la libertad y la construcción, paso a paso, día a día, de la democracia; significa algo más profundo. Este pueblo ha vivido la democracia como regla —hace pocas horas trataba de recordarlo— como norma de convivencia. El autoritarismo ha sido una excepción en la vida del pueblo uruguayo y cuando oigo al señor Presidente hablar con palabras tan amables de nuestro país, España, no tengo más remedio que recordar que no ha sido así nuestra historia, la historia reciente de España, cuya regla no ha sido la democracia sino el autoritarismo y la excepción ha sido la vida en libertad, la convivencia libre.

Cuando se trata de buscar un nombre en la historia reciente, se puede uno encontrar sin duda con Fernando de los Ríos, o se podría encontrar con Azaña, con Prieto, con Giner de los Ríos o con cualquier otro de los pensadores, que son muchos, que en toda su vida conocieron esa experiencia brevísima de libertad que transcurrió en el plazo del 31 al 36 de este siglo. Por lo tanto, permítanme que mi primera aproximación sea —sin falsa modestia— de profundo respeto y admiración por lo que ustedes representan, por el pueblo uruguayo, un pueblo que ha sido capaz de labrarse su propia historia desde la libertad y con un sentimiento de igualdad y justicia que antecedió en mucho a todas las experiencias que se han hecho, desde luego en un país como España, pero también en muchos otros que, desde todos los puntos de vista, se consideraban avanzados.

La segunda aproximación que quería hacer es la de participar con todos ustedes en una reflexión sobre la experiencia democrática que estamos viviendo ambos pueblos. Para hacer esta reflexión también tengo una cierta dificultad que, por otro lado, es una ventaja, debo reconocerlo. Dificultad y ventaja que nacen del hecho de que en el arco parlamentario representado en este hemiciclo —si me permiten decirlo— he podido sentir, no sólo una relación de comunicación, sino de amistad de representantes de todos los grupos. Naturalmente, cuando es posible sentir la amistad, se puede tener la tentación de participar en un debate parlamentario, en lugar de hacer un saludo formal —al que ustedes me invitan— desde la tribuna. No querría caer en la tentación de participar en un debate parlamentario. Puede ser que la historia nos lleve, un día, a hacer un debate parlamentario amplio, cuando esa crisis a la que se refería con palabras bellas el señor Presidente —la crisis de la supranacionalidad— nos lleve a un abrazo común en el futuro, a unir nuestras voces, a concertar las voces que todavía podemos expresar todos en la lengua de Cervantes. Pero de esa ventaja y de esa dificultad sí se puede hacer un término medio,

que es el de poder decir lo que uno siente sobre su país, cómo se ha hecho la tarea democrática y cómo vemos a Uruguay desde España.

Es curioso: yo oigo hablar de España desde Uruguay, y creo que las palabras no son sólo de cortesía, sino palabras que se sienten.

Usted, señor Presidente, estaba hablando de España como una experiencia importante, interesante y de revitalización. Pienso en el Uruguay de ahora, en el Uruguay de hoy, y recuerdo que su Majestad el Rey estuvo aquí en 1983. Yo participé en la fiesta de la libertad, hace dos años y medio. En términos históricos, eso es una gota de agua en el océano; apenas ningún tiempo. Y hoy, cuando llego a Montevideo, tengo el sentimiento de que ya se ha recorrido un largo camino, de que esta es una democracia asentada, no reversible y por tanto, en el corto espacio de dos años y medio, tengo sobre Uruguay la misma impresión que la que tienen ustedes de España en un lapso un poco mayor —aunque también pequeño en términos históricos— de diez años. Se trata del sentimiento de la estabilidad de una democracia irreversible, de un sistema de respeto y de convivencia en libertad, de tolerancia y de libre expresión de las ideas. En definitiva, ¿qué otra cosa sería la democracia sino una fórmula de solución mediante el diálogo y la tolerancia de los conflictos lógicos de una sociedad viva? Eso lo he visto aquí, palpablemente.

Me han hecho el honor, además, de invitarme a un almuerzo plural, como esta Asamblea; y ya se sabe que el almuerzo permite algunas cosas. He tenido algunos encuentros con viejos amigos, legisladores hoy, con quienes hemos compartido impresiones en ese viaje de ida y vuelta en el que hemos estado casi en permanencia, más nosotros que ustedes, yendo y viniendo a través del Atlántico. Y esas exportaciones de exilio político, que han sido tan frecuentes en España —y que en Uruguay han sido excepcionales— también las hemos recibido en nuestro país con el corazón abierto y con fraternidad.

Hoy, cuando he encontrado a algunas de esas personas, he pensado cuánta significación tiene eso: verlos aquí, hoy, representantes de la soberanía popular, de la expresión libre del pueblo uruguayo.

Remontándonos un poco más atrás les querría decir, en la confianza de la que antes hablaba —a la que me llevan amistades que se prolongan por todo el arco parlamentario— que en nuestra historia, en la historia de España, ha habido un largo período de aislamiento político. Es un aislamiento que comienza aquí, porque España es incapaz de asimilar todo el proceso de liberación del continente, de asimilarlo espiritualmente, ya que lo siente como un desgarramiento familiar —permítanme que se los diga así— no lo siente como la pérdida de un trozo de una empresa colonial.

Es verdad que sesenta años después se funda la primera Universidad, gran idea de quien quiere mantener una colonización para siempre, crear el foco de la libertad, que no otra cosa es fundar una Universidad. Parecería una contradicción en sus propios términos. España en el siglo pasado siente el desgarramiento de la familia mucho más que la pérdida del imperio colonial. De ese desgarramiento familiar se llega a un ensimismamiento, a un aislamiento, a un cerrarse dentro de las propias fronteras, que en España ha sido el caldo de cultivo de largas experiencias autoritarias. Ello ha dado ventajas inconmensurables a posiciones muy extremistas, dejando al descubierto, al pairo a toda esa zona templada de cualquier sociedad, que es la inmensa mayoría del pueblo, que quiere vivir en paz y en libertad; en libertad y en paz. Aislamiento político acompañado, también, de aislamiento económico. Los técnicos en economía dirían: proteccionismo económico, o hiperproteccionismo, en nuestro caso.

Al aislamiento político han correspondido las experiencias autoritarias y escasos períodos de libertad. Al aislamiento económico, retraso relativo, porque quedamos descolgados del desarrollo de los pueblos del norte, de los pueblos europeos. Perdimos la oportunidad de la primera Revolución Industrial y también de la segunda Revolución Industrial. Y cuando uno piensa en su propia historia se pregunta: ¿son factores económicos? ¿Es menos capacidad relativa que otros pueblos? ¿Son condicionamientos de riqueza natural? Creo que no son ninguno de esos elementos. Si me lo permiten —si lo permiten en boca de un socialista— son más bien elementos que sólo podemos calificar de espirituales. Es un pueblo que se ensimisma, que se encierra, que no es capaz de comprender cuánta energía puede desarrollar abriéndose al mundo, desarrollándose sin el riesgo de las fronteras cerradas, del hiperproteccionismo, de las muletas permanentes para enfrentar los problemas económicos.

Y creo poder afirmar —lo digo siempre con relativismo intelectual, no de otra manera se podría decir— que hay una cierta corriente profunda en nuestro pueblo de regeneracionismo, de la esperanza de salir del aislamiento político y del aislamiento económico, y por tanto del subdesarrollo y del autoritarismo. Me permitirán añadir a lo ya dicho que esto es lo que admiro, sobre todo, del carácter y del espíritu del pueblo uruguayo: nación pequeña y grande, con dimensión continental y con un territorio reducido. Uruguay que abre sus fronteras y que pide que se abran las fronteras con toda razón, que se integra en un espacio económico y político más amplio. ¿Por qué? Se integra, porque comprende, antes que otros muchos pueblos, que el espacio nacional no es suficiente para responder a los grandes desafíos del desarrollo económico. Y sin un desarrollo económico armónico, es verdad que la democracia no es un lujo. ¿Por qué iba a ser un lujo de quien tiene más de equis miles de dólares de renta per cápita? No es un lujo, pero tampoco la democracia se puede fundamentar en una sociedad en retraso permanente o en crisis económica permanente. Son azotes constantes para la democracia y entonces se buscan espacios más amplios. Y Uruguay está haciendo ese papel.

Siempre somos más autocríticos con nosotros mismos; compartimos muchos demonios familiares, porque compartimos mucha historia común. Y eso me hace pensar que tal vez compartiendo tanta historia común, seamos capaces también de compartir mucho futuro en común, pues entre esos demonios familiares está una autocrítica que siempre es sana en la democracia, pero que cuando pasa de cierto límite se convierte en autoflagelación y se pierden de vista las propias energías, las propias potencialidades, la propia dimensión de cada uno de nuestros pueblos. Nos pasa a nosotros. ¿Puede pasar también en Uru-

guay? ¿No se ve desde el Uruguay el enorme papel que él juega en el "Grupo de los Ocho"? ¿No se ve la tarea integracionista con dos grandes, enormes países —países continentes— Argentina y Brasil? ¿No se ve el papel de este pueblo en ese "Grupo de los Ocho", que enfrenta un problema como el de Centroamérica, pero que lo trasciende inmediatamente, para plantearse algo que sólo está como dibujado —o apenas dibujado— a pincel? Es un proceso de institucionalización de las relaciones internas de este continente, absolutamente imprescindible. Probablemente por eso este pueblo vivió en el exilio; por eso Artigas vivió en la frustración y en la esperanza, porque tenía una concepción un poco más amplia de lo que podía ser el destino de su propio país; y, quizás de esa aspiración y de esa frustración nace al mismo tiempo la vocación del Uruguay de hoy.

Y yo les quiero decir que desde afuera se los ve así: se ve a Uruguay con ese respeto y esa admiración que nacen de su desarrollo histórico y de su proyección de presente.

¡Cuánta capacidad para ir incardinando a este continente en un sistema de relaciones, de conexiones razonables entre los distintos países! Digo razonables porque el destino común seguramente hoy no sólo es necesario sino probablemente inevitable en el futuro.

Están pasando cosas que indican un camino de esperanza. España rompe el aislamiento y se integra en Europa. Créanme cuando les digo que ha habido razones económicas, políticas e históricas para integrarnos en la Comunidad Económica Europea. Muchas razones: razones de pasado, de presente y de futuro. Pero en nada contradice a esas razones ni a esa vocación europeísta el hecho de que tengamos algo en común y que, como muchos de ustedes saben muy bien, todavía los españoles hablemos de Europa como de algo que hay más allá de los Pirineos y de que, todavía, el llegar a Montevideo signifique recorrer mucha menos distancia —desde el punto de vista humano y de la comunicación— que pasar la frontera de los Pirineos. Por tanto, en el sentimiento profundo de cualquier español, este continente todavía está mucho más cerca que Europa, mucho más cerca Uruguay que Francia; aunque compartamos ese destino porque queremos y necesitamos compartirlo; pero deseamos hacerlo complementándolo con una tarea de la que empecé a hablar antes.

Europa no es más que la respuesta a una necesidad; la Comunidad no es más que la respuesta a una necesidad: la de la supranacionalidad; y, no sólo, desde luego, en el terreno económico y comercial, sino también en el político. Si se quiere hacer sentir con un cierto peso la voz de Europa, tendrá que ser articulada por un conjunto de naciones. Si no es así, sucumbirá Europa, como cualquier otra área del mundo, a esa dinámica de los superpoderes, a esa especie de juego de ajedrez en el que la mayor parte nos sentimos peones, pero no actores. Y este continente —de ahí la importancia de la proyección continental de Uruguay— tiene todas las características, todas, para ir caminando por esa senda de la integración y hacer oír su voz de manera coordinada y articulada.

Ha habido muchos sentimientos encontrados frente a nuestro ingreso en la Comunidad. Incluso, algunos de nuestros amigos en América Latina pensaban que ésa era la orientación definitiva de España, vuelta de espaldas a este continente. Permítanme que les diga una cosa: más allá de la solidaridad que, desde luego, siento en el corazón para con esta tierra, por puro interés nacional y por puro egoísmo español sería una torpeza histórica que nosotros volviéramos la espalda a este continente. El "plus" de importancia política que España puede tener en Europa está aquí; no dentro de sus fronteras, sino aquí; y eso nos obliga, desde el momento de la integración en las comunidades, a trabajar en una dirección que es convergente con el esfuerzo que está haciendo Uruguay.

No han ocurrido todavía grandes cosas, pero algunas sí, y notables. En treinta años de historia de la Comunidad no ha habido una sola vez en que se haya hecho un planteamiento político de relación de aquella región —la Europa de las comunidades— con ésta de la América Latina. Se ha hecho en el mes de julio de este año en que, por primera vez en la historia, ocho Cancilleres de este continente —los ocho representantes del grupo de Río de Janeiro— se han reunido en Nueva York, hace muy pocas semanas, con los doce Cancilleres de la Comunidad Europea. Se está abriendo un nuevo camino en el que queremos y tenemos que encontrar una respuesta a algunos de los problemas inmediatos que nos agobian. Me refiero a los problemas del comercio internacional y a dar una respuesta racional al problema de la deuda, que no sea técnico-contable, ni político-demagógica: ninguna de las dos.

Estamos acercándonos a un punto de encuentro razonable. No ha habido culpables unilaterales. Hay una responsabilidad compartida o una corresponsabilidad. Se abre camino algo que tiene para mí mucha importancia y creo que lo he oído decir repetidas veces a los representantes gubernamentales uruguayos: tiene mucha más importancia cómo se responde a los graves problemas del comercio internacional, del proteccionismo, de la limitación de mercados —mucha más importancia— que la propia respuesta que se dé al problema de la deuda, con sus intereses sin duda alguna injustos por la evolución de los acontecimientos. Pero esa segunda dimensión, que a veces se olvida, está muy presente en toda la actividad internacional y en la proyección externa de Uruguay. Existe una ronda uruguaya en el GATT que inicia una nueva etapa, en la que se discute fundamentalmente esto.

Yo les quiero decir que España no tiene la dimensión como para hacer de puente —ni pretende hacerlo— entre el continente y Europa. Sería una pretensión absurda. ¿Cuántos lazos tiene el continente latinoamericano con cualesquiera de los grandes países europeos, como Francia, Alemania, o cualquier otro? Los suficientes como para no necesitar un puente. Tienen grandes autopistas de comunicación: comunicación cultural y política, toda la que se quiera. Lo único que pretendemos es cooperar y colaborar a fin de crear en Europa la conciencia de que necesita de América Latina. Europa necesita de América Latina, reitero. Si es capaz de proyectar su futuro con visión estratégica, llegará a la conclusión de que no hay en todo el mundo una sola área geográfica donde se dé, no ya una mayor señal de identidad, sino algo que tiene más importancia aún: mayor cantidad de aspiraciones comunes; un continente que aspira a vivir en paz y en libertad; un continente con garra y sentido democráticos. En ninguna otra parte va a encontrar Europa un inter-

locutor con esas características, desde el punto de vista estratégico, con la importancia que eso sigue teniendo en el concierto mundial, donde la democracia todavía sigue siendo la excepción y no la regla, y también su importancia inmediata desde el punto de vista económico.

Empieza a ser una verdad incontestable que los países desarrollados encuentran una limitación cada vez mayor al crecimiento de su producto bruto, porque el comercio internacional no crece en la tasa suficiente como para alimentar el propio desarrollo de esos países, que tienen un crecimiento enormemente limitado.

Por otra parte, los países que luchan por desarrollarse, encuentran una enorme limitación en las relaciones comerciales, a causa de normas proteccionistas que deberían pertenecer al pasado, que no resuelven ningún problema a los países desarrollados o, en todo caso, apenas algunos problemas electorales menores, de confrontaciones de cada día, pero nunca problemas económicos serios.

En esa tarea hay una gran convergencia entre España y Uruguay, con visiones que, debo decir, son muy próximas. No nos resignaremos a quedar fuera —si ustedes nos lo permiten— del proceso de integración del continente. Creemos que esa integración es necesaria e irreversible y en ese proceso queremos estar presentes.

Vemos en Uruguay la punta de lanza; vemos en Uruguay la avanzadilla y el motor de las ideas. De ahí nacen señas de identidad y proximidades que sentimos hondamente desde España. Estamos recorriendo un camino paralelo: el de la construcción democrática. Siempre lo vemos con más dificultades cuando lo analizamos desde dentro que cuando, desde afuera, se puede tener una cierta perspectiva. Es verdad que la democracia es tolerancia. Es verdad que construir la democracia significa ceder parte de lo que uno legítimamente querría para su país, para intentar buscar una verdad común, tras la idea machadiana, presente en aquello de "Tu verdad, no; la verdad; y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela".

La esencia de la tolerancia, de la unidad de esfuerzos, no sólo para preservar la democracia, que también vive en la discrepancia y de ella, sino para remontar el vuelo en los momentos de dificultad, para superar los momentos críticos, para dar a los pueblos el tono que necesitan, para intentar conquistar y alcanzar con las manos el futuro y construirlo paso a paso. Ese es el impulso que probablemente nace de esa tolerancia y de esa comprensión recíproca. Así se ha hecho en España y sin duda se intenta seguir haciéndolo, a través de las dificultades, con muchos inconvenientes, a veces con incomprensiones y con presiones de dentro y de fuera y, también, con interpretaciones que no son correctas.

Yo represento un Gobierno que es socialista democrático y, pueden creerme, no renuncio de ninguna manera a los ideales que me han llevado a ese Gobierno; y desde esa no renuncia no tengo ningún inconveniente en decir que la inflación no es de izquierda, ni es de derecha. La inflación es la inflación y hay que combatirla, y hay que reducirla, porque castiga más al más débil —castiga a todos, pero al que menos tiene lo castiga más— y eso lo sabe todo el mundo. Y en decir que las balanzas de pagos de nuestros países no tienen color político; son buenas o malas y si son malas hay que hacerlas buenas. Quien quiera que asuma la responsabilidad, quien quiera que entierre sus manos en la tarea política, no tendrá más remedio que intentar que su balanza de pagos sea positiva, que su balanza comercial sea favorable y que la inflación sea baja. Eso no define la coloración, la ideología: define sólo la responsabilidad.

Honradamente les digo que no he renunciado ni renuncio a conseguir cada día más cuota de igualdad y de justicia social en mi país. ¿Por qué voy a renunciar a una aspiración como ésa? Si entiendo el socialismo como la profundización de la democracia, tengo como primer deber asentar esa democracia, hacerla firme e irreversible. Y para cumplir con ese deber quiero que España sea un país sano, capaz de salir del ensimismamiento de un siglo, de recuperar el impulso que le puede hacer ganar, por primera vez, la revolución tecnológica, que ya la perdimos dos veces, en la primera y en la segunda Revolución Industrial, y estamos dispuestos a decir que ya no la perdemos más y que queremos atrapar con las manos nuestro propio futuro y salir del ensimismamiento, del pesimismo, sin perder el valor de las libertades, asentándolo y profundizándolo.

Permítanme que les diga que así veo al Uruguay: desde la distancia que es sólo geográfica, desde la proximidad, no sólo del corazón sino también de la razón, ¡cuánta energía en este pueblo, cuánta sabiduría política acumulada! ¿Qué hay errores? ¡Cómo no! ¿Quién puede volver la vista atrás y decir que no ha cometido errores en su historia? Este pueblo ha tenido los suyos. Pero aquí hay una raíz de convivencia democrática, de respeto político, de respeto por la libertad, por la igualdad. Hay una dimensión social de la historia uruguaya que hoy se complementa con una dimensión internacional, continental, con una presencia en el mundo y con una exigencia integracionista en el continente, que le da un impulso y una fuerza que a uno le permite decir —aquí, esta tarde, devolviendo las palabras que el señor Presidente, amablemente, decía sobre España—: ¡cuánta confianza se puede tener en Uruguay, en su presente y en su futuro! Y yo querría que de las viejas raíces comunes intentáramos hacer algunos retoños también comunes para el futuro; sacar algunas ramas verdes para nuestro futuro.

Es verdad que tenemos muchas raíces comunes y también que Uruguay no sólo es parte del crisol que España fue, sino que otros crisoles también se acumularon a esa aportación que pudo ser la española, con sus errores y sus grandezas. Y a ese Uruguay de hoy y de mañana nos une, si se nos permite, no sólo las razones de ayer sino las aspiraciones de hoy y de mañana; el deseo de convivencia en paz, en libertad; el deseo de cooperación; la comprensión de que los límites nacionales no son suficientes para responder a los desafíos; el intento por construir un futuro mejor para nuestros pueblos, pero no sólo para los nuestros sino también para los del continente. En ese camino nos vamos a encontrar; en él estamos. Nos queda mucho por hacer y mucho por hacer juntos.

Cuenten no sólo con la decisión del gobierno español; cuenten también con mi tenacidad como Presidente de ese gobierno o como ciudadano; como responsable político o como responsable del gobierno. Seguiré dando con el martillo en ese yunque y lo seguiré haciendo durante

mucho tiempo, porque creo que interesa a mi patria y porque deseo para vuestra patria, lo que quiero para la mía.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Señor Presidente: el Parlamento quiere entregarle este recuerdo de su estada en ésta, su casa, para que lo lleve, lo ponga en su vitrina y cada vez que lo mire, diga: "Debo volver pronto a ese país". Lo sentimos a usted como uno de nosotros y lo quisiéramos aquí, aunque, naturalmente, no en el padrón electoral, porque usted, señor Presidente, sería muy peligroso.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

4) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE. — Se levanta la sesión.

(Es la hora 18 y 44)

Dr. JORGE BATLLE
Presidente

Dn. Mario Farachio
Dr. Héctor S. Clavijo
Secretarios

Dn. Roberto J. Zamora
Director del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Representantes.